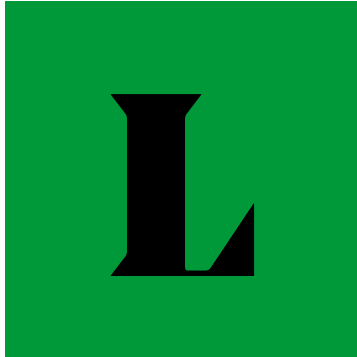




Texto / *Manuel Domínguez Moreno /
Ricardo Angoso y José Antonio Gómez*
Fotos / *Departamento de Defensa de EEUU*

Afganistán, la derrota de Occidente



os talibanes, en una rápida ofensiva de apenas unas semanas de agosto pasado, consiguieron llegar a la capital afgana, Kabul, e instalar un nuevo gobierno islámico, asegurando que sabrán administrar la victoria y que no habrá espíritu de revancha. Los Estados Unidos, que habían intervenido en 2001 para echar del poder a los talibanes, han fracasado estrepitosamente y se han retirado sin pena ni gloria, casi derrotados. Las imágenes de miles de afganos huyendo despavoridamente por miedo al talibán y la vergonzosa y humillante retirada occidental serán difíciles de olvidar para todos.

La gente tiene miedo, especialmente las mujeres que temen volver a la Edad Media, y miles de afganos ya han huido ante la posibilidad de que se vuelva a instalar un régimen teocrático en el país. Los que se quedaron, que no esperaban que la ofensiva de los talibanes fuera tan rápida y llegaran hasta las puertas de sus casas en Kabul, se lanzaron al aeropuerto en una precipitada y caótica huida.

La decisión tomada por parte del nuevo presidente norteamericano, Joe Biden, autorizando la retirada total de todas las tropas norteamericanas, siguiendo la senda del presidente Donald Trump en este sentido, encendió las señales de alarma en esta nación permanentemente en guerra. El resto de los contingentes de la OTAN presentes en Afganistán, tras el paso dado por Washington, también han abandonado el país, dejando a su suerte a los afganos y hasta ahora sus aliados locales.

Trump, con su anuncio de retirada de las tropas, alentó a los talibanes a seguir en su guerra total y desanimó a las fuerzas afganas que luchaban codo con codo con los occidentales. El Gobierno afgano, tras veinte años de guerra contra los talibanes, se derrumbó como un castillo de naipes y el presidente, Ashraf Ghani, huyó antes de la caída de la capital en una salida nada heroica y más bien caótica, que recordaba como un calco a la retirada norteamericana de Saigón cuando los Estados Unidos fueron derrotados por los vietnamitas.

Veinte años de inútil guerra (2001-2021) no han servido para asentar las instituciones democráticas ni un Estado sólido en esta nación abatida, pobre y siempre sumida en la violencia. “Han sido casi 20 años de ocupación militar, al precio de 50.000 civiles y 70.000 soldados afganos muertos, 2.500 estadounidenses caídos en el campo de batalla, y 800.000 millones de dólares de gastos”, como señalaba en un reciente análisis el sociólogo Sami Nair. Tampoco la presencia occidental ha permitido generar un clima político propicio para superar por la vía del diálogo el conflicto entre los talibanes y las fuerzas del ahora depuesto ejecutivo afgano, aunque se intentaron unas negociaciones que resultaron, finalmente, fallidas.

Los talibanes, que parecen controlar ya casi todo el del territorio afgano, saben que era cuestión tiempo –poco- acabar dominando todo el país e instalar un gobierno de corte islamista en Kabul. La moral del ejército



La gente tiene miedo, especialmente las mujeres que temen volver a la Edad Media, y miles de afganos ya han huido ante la posibilidad de que se vuelva a instalar un régimen teocrático en el país

Un informe del Inspector General Especial para la Reconstrucción de Afganistán (SIGAR), al que Diario16 ha tenido acceso, fechado en los días previos al anuncio de Joe Biden de la retirada de la presencia estadounidense y de la reconquista talibán, también revela las profundidades del fracaso del esfuerzo total de 20 años y 145.000 millones de dólares de Estados Unidos para reconstruir la sociedad civil de Afganistán peligrosamente haciéndole sombra a los populares

afgano, tras haber sido abandonado por los occidentales, estaba por los suelos y muchos de sus soldados ya han desertado por miles hacia Tayikistán y Pakistán. Otros miles de agentes de la policía y de las Fuerzas Armadas ocultan ahora sus uniformes y se esconden de los talibanes. Ambos países ya sopesan abrir campos de refugiados para recibir las “oleadas” de afganos ante el colapso del gobierno de Kabul y la victoria del Talibán, tan temida como presentida. La intervención occidental ha concluido con un fracaso total y sin haber dado los frutos esperados, en el sentido de haber democratizado y modernizado el país dejándolo al frente de una administración responsable y elegida en las urnas por los propios afganos.

EEUU ALIMENTÓ LA CORRUPCIÓN Y LA INSEGURIDAD

El caótico colapso del ejército afgano en los últimos meses dejó en claro que los 83.000 millones de dólares que Estados Unidos gastó para crear y financiar esas fuerzas de seguridad lograron poco. Un informe del Inspector General Especial para la Reconstrucción de Afganistán (SIGAR), al que *Diario16* ha tenido acceso, fechado en los días previos al anuncio de Joe Biden de la retirada de la presencia estadounidense y de la reconquista talibán, también revela las profundidades del fracaso del esfuerzo total de 20 años y 145.000 millones de dólares de Estados Unidos para reconstruir (o construir, en algunos casos) la sociedad civil de Afganistán.



What We Need to Learn: Lessons from Twenty Years of Afghanistan Reconstruction is the 11th lessons learned report issued by the Special Inspector General for Afghanistan Reconstruction. The report examines the past two decades of the U.S. reconstruction effort in Afghanistan. It details how the U.S. government struggled to develop a coherent strategy, understand how long the reconstruction mission would take, ensure its projects were sustainable, staff the mission with trained professionals, account for the challenges posed by insecurity, tailor efforts to the Afghan context, and understand the impact of programs. There have been bright spots—such as lower child mortality rates, increases in per capita GDP, and increased literacy rates. But after spending 20 years and \$145 billion trying to rebuild Afghanistan, the U.S. government has many lessons it needs to learn. Implementing these critical lessons will save lives and prevent waste, fraud, and abuse in Afghanistan, and in future reconstruction missions elsewhere around the world.

SPECIAL INSPECTOR GENERAL FOR AFGHANISTAN RECONSTRUCTION

POOR UNDERSTANDING OF LOCAL CONTEXT EXACERBATED CONFLICT

“Policymakers’ ignorance of the Afghan context at the highest strategic levels were mirrored by officials and implementers at the program level and below. Jabar Naimee, who served as governor of Kunduz, Wardak, Khost, and Laghman Provinces, told SIGAR that “in the majority of districts, we never even heard the real problems of the people. We made assumptions, conducted military operations, brought in government staff, and assumed it would lead to security and stability.”⁴²² As practitioners followed the counterinsurgency script with insufficient attention to local context, they implemented projects that sometimes unwittingly supported one powerbroker or interest group at the expense of another, thereby stoking local conflicts and creating an opportunity for insurgents to form an alliance with the disaffected party.⁴²³

“Trying to compete with the Taliban’s successful dispute resolution would have meant allowing sharia, and that’s not something we could do politically.”

—Barnett Rubin, former State advisor

John Sopko, inspector general especial desde 2012, realiza una crónica de los errores de cálculo de las diferentes administraciones norteamericanas y concluyó que «el gobierno de los Estados Unidos luchó continuamente para desarrollar e implementar una estrategia coherente para lo que esperaba lograr». Sin embargo, el informe es claro cuando afirma que el esfuerzo de Estados Unidos fue torpe e ignorante. Además, denuncia la arrogancia de una superpotencia que piensa que podría remodelar un país que no entendía lanzando montones de dinero.

El nuevo informe es una mirada retrospectiva a las décadas de Estados Unidos en Afganistán, que dejó 2.443 militares estadounidenses y más de 114.000 afganos muertos. Durante 13 años esta agencia gubernamental de supervisión ha señalado de manera consistente y precisa fallos consecuentes de los muchos programas de reconstrucción en juego.

Los esfuerzos para crear un nuevo gobierno y un ejército desde cero fueron demasiado ambiciosos. No tuvieron en cuenta las necesidades y capacidades de los afganos. Hubo una indiferencia por aprender de los errores del pasado y los objetivos eran demasiado ambiciosos, como un pastel en el cielo, para una de las naciones más pobres del mundo, un país que continúa asolado por



Luego llegaría la pesadilla del Talibán (1994-2001), donde el país regresó a la Edad Media y la brutalidad más burda se impuso como política de Estado. Si es que a la introducción de medidas de corte medieval, como quemar aparatos de radio, discos y televisores e imponer el burka, se le puede llamar "política de Estado"



la violencia, tal y como hemos visto en estos últimos días. Lo que estaba sucediendo en Afganistán era sorprendentemente similar a los fracasos sufridos en Irak solo unos años antes.

SIGAR ha analizado en el informe una amplia variedad de errores cometidos por Estados Unidos durante más de una década de seguimiento del esfuerzo de Afganistán. Estos informes no se centran sólo en un edificio concreto de 25 millones de dólares que nadie quería o usaría nunca, un programa de alfabetización de 200 millones que no enseñó a leer a los posibles soldados, una planta de energía de 335 millones que los afganos no podían permitirse operar o, incluso, los 486 millones gastados en aviones que no podían volar y terminaron como chatarra. Lo que el informe destaca realmente es que las suposiciones subyacentes sobre Afganistán eran incorrectas.

Los informes SIGAR forman un cuerpo penetrante de análisis en tiempo real que revela poco apetito por cambiar de rumbo y cuyas advertencias parecen haber sido desatendidas. Responder adecuadamente a las preguntas que SIGAR planteó en cada informe habría obligado a un reexamen total de la presencia de Estados Unidos en el país. Eso nunca sucedió.

No se trataba tanto de ignorar lo que se decía como de no querer abordar el problema, y fue una elección deliberada no abordar los problemas. Ni siquiera fue un triunfo de la esperanza sobre la experiencia; fue un triunfo de la conveniencia política sobre la formulación de políticas significativas.

Queda claro que ningún presidente quería presidir una derrota estadounidense muy visible, una que sin duda dejaría atrás un Afganistán desestabilizado y un potencial desastre de seguridad nacional. También había un fuerte contingente de verdaderos creyentes que seguían argumentando que el éxito estaba casi en sus manos.

Por otro lado, los generales militares y otros altos funcionarios descritos en los reveladores estaban mucho más interesados en contar una historia de victoria para el pueblo estadounidense, tal y como revelaron los documentos hechos públicos por el *Washington Post* en 2019.

Además de las garantías de que la insurgencia estaba pisándole los talones, los funcionarios a menudo publicaron estadísticas sobre tasas más bajas de mortalidad infantil, mayor esperanza de vida y oportunidades educativas enormemente mejoradas para las niñas. SIGAR reconoció estos puntos brillantes en el informe de esta semana, pero concluyó que esos logros se produjeron gracias al despilfarro y, lo que es más importante, no eran sostenibles sin una presencia continua de Estados Unidos. En otras palabras: todo fue temporal.

SIGAR descubrió que había una desconexión persistente y preocupante entre lo que los funcionarios estadounidenses querían que fuera verdad y lo que realmente estaba sucediendo. «Al gastar el dinero más rápido de lo que podría

Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, informó SIGAR, no tenían suficiente personal para «desempeñar ese papel de manera significativa».

El informe, además, señala que si «el objetivo era reconstruir y dejar atrás un país que puede sostenerse por sí mismo y representar una pequeña amenaza para los intereses de seguridad nacional de Estados Unidos el panorama general es sombrío».



ORÍGENES DEL CONFLICTO AFGANO

El 24 de diciembre de 1979, las tropas soviéticas ocuparon Afganistán para apuntalar al régimen soviético. «Asesinaron al presidente Amín e instalaron al líder parchami Babrak Karmal. Afganistán se vio catapultado al



Las autoridades "democráticas" instaladas en Kabul por los occidentales han fracasado política y militarmente frente a los talibanes, revelando el fracaso de toda una estrategia democratizadora para este país que ahora naufraga en medio de la guerra y el caos, y eran sumamente corruptas



contabilizarse, el gobierno de Estados Unidos finalmente logró lo contrario de lo que pretendía: alimentó la corrupción, deslegitimó al gobierno afgano y aumentó la inseguridad», dice el informe. Sin embargo, los funcionarios presionaron con compromisos imprudentes, incluidos plazos poco realistas para el progreso, y «simplemente encontraron nuevas formas de ignorar las condiciones en el terreno».

El documento, además, denuncia que las agencias diplomáticas más adecuadas para la tarea de reconstruir una nación como Afganistán fueron apartadas por el Pentágono, que contaba con mejores recursos, pero carecía de la experiencia necesaria. El Departamento de Estado y la

Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, informó SIGAR, no tenían suficiente personal para «desempeñar ese papel de manera significativa».

El informe, además, señala que si «el objetivo era reconstruir y dejar atrás un país que puede sostenerse por sí mismo y representar una pequeña amenaza para los intereses de seguridad nacional de Estados Unidos el panorama general es sombrío».

El 24 de diciembre de 1979, las tropas soviéticas ocuparon Afganistán para apuntalar al régimen soviético. «Asesinaron al presidente Amín e instalaron al líder parchami Babrak Karmal. Afganistán se vio catapultado al

centro de la guerra fría cuando el presidente norteamericano Ronald Reagan prometió hacer retroceder al comunismo. Los mulás afganos y los líderes políticos declararon una Yihad contra la Unión Soviética, al tiempo que cinco millones de personas huían por el este hacia Pakistán y por el oeste hacia Irán. Durante la siguiente década, Estados Unidos y sus aliados europeos y árabes entregaron miles de millones de dólares de armas a los muyahidines, un dinero que enviaba a través de Pakistán y del régimen militar de Zia ul-Haq», escribía el analista Ahmed Rashid al referirse a este periodo de la historia.

Diez años después, en 1989, tras haber padecido más de 15.000 bajas mortales y 5.000 heridos, y haber sufrido innumerables pérdidas, las tropas soviéticas se retiraban derrotadas, exhaustas y con la moral por los suelos. El Gobierno prosoviético de Kabul, como era de suponer, duró solo unos meses más después de la marcha de las tropas de la URSS. Sus máximos líderes, los hermanos Najibuláh, una vez defenestrados por una facción rebelde a los soviéticos, acabarían sus días ahorcados en los escasos semáforos que quedaban en la abatida capital afgana por los talibanes al parecer guiados por los servicios secretos pakistaníes, en 1996. Pakistán siempre ha intervenido en la vida política afgana y se ha entrometido descaradamente en sus asuntos.

Pero antes de ser «ajusticiados», el maltrecho país se vio envuelto en la guerra civil de 1993-1994 entre los diversos grupos que luchaban contra los soviéticos, en la que se impusieron los talibanes. Gorbachov tuvo algo de culpa en la caída de la administración afgana y en el éxito de los rebeldes islamistas armados por Occidente: dejó de suministrar armas, fondos y asistencia técnica a Kabul y la caída del gobierno instalado por Moscú era solo cuestión de tiempo. En 1994, el país se estaba desintegrando rápidamente.

Así, de una forma tampoco gloriosa, acaba el mal llamado periodo progresista afgano del que todavía muchos tienen nostalgia, pues paradójicamente constató una larga década de cierta normalidad y tranquilidad. Luego llegaría la pesadilla del Talibán (1994-2001), donde el país regresó a la Edad Media y la brutalidad más burda se impuso como política de Estado. Si es que a la introducción de medidas de corte



El actual inquilino de la Casa Blanca, Joe Biden, al final ha acabado compartiendo la misma política que su antecesor. La administración norteamericana se ha movido en este conflicto entre la frustración por los escasos avances logrados sobre el terreno y la inacción diplomática

medieval, como quemar aparatos de radio, discos y televisores e imponer el burka, se le puede llamar "política de Estado".

¿Pero cuál es la razón del surgimiento de los talibanes? El Talibán fue fundado por veteranos de la guerra de Afganistán contra la invasión de la Unión Soviética, en plena guerra entre los grupos muyahidines. Estos grupos, que dieron paso después a los talibanes, recibieron la ayuda de los Estados Unidos y una buena parte de Occidente, que querían contener la "amenaza soviética" y evitar la expansión del comunismo. Eran los tiempos de la Guerra Fría y las lógicas políticas eran otras bien distintas a las de hoy.

COMIENZA LA LARGA OFENSIVA CONTRA LOS TALIBÁN

En octubre del año 2001, una vez que los Estados Unidos habían sufrido los ataques del 11-S, las fuerzas occidentales, con el apoyo de algunas milicias locales anti-talibanes, comienzan su ofensiva contra el Gobierno integrista de Kabul. En apenas unas semanas, a finales de ese mismo año, los objetivos políticos y militares se han conseguido y una administración prooccidental, liderada por Hamid Karzai, se instala en el nuevo Afganistán. También se creó un ejército que contaba con el apoyo occidental. La victoria era un espejismo, el prólogo de una larga guerra y un interminable conflicto.

El ejército afgano, formado por 120.000 hombres, era una institución caracterizada por la corrupción, la falta de patriotismo para desarrollar una labor eficaz y seria y la desmoralización creciente ante la previsible derrota que podría llegar a manos de los talibanes una vez que el último occidental armado abandonara el país. La mayor parte de los soldados afganos piensa que tras la retirada occidental se repetirá el mismo guión que ocurrió con los soviéticos y que los talibanes regresan esta vez para quedarse para siempre en el poder.

Las autoridades "democráticas" instaladas en Kabul por los occidentales han fracasado política y militarmente frente a los talibanes, revelando el fracaso de toda una estrategia democratizadora para este país que ahora naufraga en medio de la guerra y el caos, y eran sumamente corruptas. La democracia ha sido siempre una idea ajena a esta nación, en parte porque no hay ni tradición ni historia que avalen su éxito en una sociedad tan arcaica y primitiva.

DEL HARTAZGO DE EEUU AL AVANCE TALIBÁN

"En Washington, ya nadie habla de Afganistán", explicaba Mark Mazzetti, corresponsal de *The New York Times* en la Casa Blanca y ganador del Premio Pulitzer. "En la capital y en todo Estados Unidos hay mucho hartazgo de la guerra más larga en la que hemos participado. Ya no está entre las prioridades de nadie. La CIA cree que Afganistán está devorando

demasiados recursos. Incluso en el Pentágono, que solía mostrar más interés que los demás, están quedándose ya sin fuerzas", añadía el analista William Dalrymple en la misma línea.

Este hartazgo reinante en Washington, tanto en la época del presidente Donald Trump y ahora con Biden, ha sido explotado por los talibanes que, de una forma sibilina y paciente, han estado esperando a que los occidentales se marchasen para poner en marcha toda su fuerza para lanzarse a la ofensiva final que les llevaría de nuevo al poder. Trump, con su anuncio de marcha, alentó la ofensiva de los talibanes que ahora culmina con la caída de Kabul.

El actual inquilino de la Casa Blanca, Joe Biden, al final ha acabado compartiendo la misma política que su antecesor. La administración norteamericana se ha movido en este conflicto entre la frustración por los escasos avances logrados sobre el terreno y la inacción diplomática, contando poco con los vecinos de Afganistán y apenas consultando a sus aliados con respecto al futuro del país.

A pesar de la rápida victoria de los talibanes, la economía afgana se encuentra al borde del colapso, es absolutamente dependiente del tráfico de drogas y hasta ahora estaba conectada a las ayudas que recibe de un Occidente también cada vez más cansado de la interminable crisis afgana y el elevado grado de corrupción que impregna a toda la administración. Ahora esas ayudas, con la llegada de los talibanes, se acabarán.

MUCHAS PREGUNTAS SIN RESPUESTAS

El futuro del país no se presenta nada halagüeño, desde luego, y a los problemas estructurales se le suman los coyunturales. En primer lugar, en Afganistán nunca ha habido la unidad suficiente como para construir un Estado coherente, autónomo y estructurado territorialmente. No es difícil de prever que uno



de los escenarios más previsibles de cara a los próximos años, es que se agudicen las viejas fisuras tribales, étnicas y lingüísticas que caracterizan a la sociedad afgana y las mismas desgarran al país en interminables conflictos. La guerra civil no ha concluido y todavía hay numerosos grupos antitalibán alzados en armas en varias partes del país.

¿Pero podrá sobrevivir Afganistán sin la ayuda exterior y sin el apoyo de los Estados Unidos y de los países miembros de la OTAN? “El desafío es formidable. Afganistán es uno de los países más pobres del mundo. Hoy día, el ingreso del Estado afgano está apenas por encima de un tercio de lo que EEUU destina solo a mantener sus diversas fuerzas de seguridad. Ni qué hablar de la asistencia estadounidense al sector civil (que, por cierto, representa menos de la mitad de las contribuciones europeas). De hecho, Afganistán depende de la asistencia externa para mantener su categoría de Estado desde que Rusia y el Reino Unido jugaron su ‘Gran Juego’ en el siglo XIX”, respondía el ya diplomático sueco Karl Bildt sobre esta espinosa cuestión. Ahora, sin este apoyo

Mientras que las fuerzas afganas armadas por los occidentales estaban absolutamente corrompidas, sin moral alguna y poco estimuladas para el combate tras el anuncio occidental de la retirada total sobre el terreno, los talibanes mostraron unidad de mando, alta capacidad de resistencia y conocimiento del terreno

del exterior, habrá que ver cómo gestionan y gobiernan el país los líderes talibanes.

¿Habrán cambiado los talibanes tal como pretender mostrar en sus primeros días al frente del gobierno ante su opinión pública y ante el mundo? Visto el comportamiento de los talibanes en los últimos meses, cometiendo ataques terroristas indiscriminados contra objetivos civiles y aplicando una estricta y rígida interpretación de la ley islámica -la *sharia*- en los territorios que iban ocupando, no parece que ahora vayan a cambiar de la noche a la mañana, pese al anuncio de buenas intenciones e incluso las declaraciones iniciales de sus líderes en el sentido de que no perseguirán a las mujeres. El tiempo nos dará la respuesta de si realmente han cambiado.

¿Pero qué es lo que ha fallado en la estrategia occidental en Afganistán y lo que ha llevado a esta clara derrota en los campos de batalla? Y respondo a la cuestión con unas palabras de William Pfaff y que ponen en entredicho esa creencia occidental de que nuestros valores políticos, éticos y

morales son homologables en cualquier latitud geográfica, tal como lo hemos intentado en Afganistán y en Irak. “Obligar a los votantes renuentes a una idea intelectualmente insostenible así como imposible de alcanzar”, señala Pfaff. La caída de Kabul y la toma del poder por los talibanes no hace presagiar nada bueno. ¿Será así, volverá Afganistán a ser ese territorio indómito sin futuro y sin ley para sus sufridos habitantes? ¿Se cumplirán los más negros pronósticos con respecto a los talibanes y nuevamente entraremos en una era interminable de terror y miedo? Veremos qué pasa.

CHINA GANA LA BATALLA EN AFGANISTÁN

El mundo ya es una realidad multipolar donde el poder de China es cada vez más creciente en numerosas regiones, tales como Asia, África y América Latina. La derrota de los Estados Unidos frente a los talibanes es un serio revés para los aliados de este país en Asia y también para aquellos que luchan contra el autoritarismo en esta parte del mundo.

En apenas unos días, los Estados Unidos han dado al mundo una impresión absolutamente desfavorable y una sensación de descrédito de sus servicios de inteligencia, la CIA, y su propia administración. La precipitada decisión de la retirada de las tropas norteamericanas de Afganistán -que era una medida previamente anunciada por el ex presidente Donald Trump- ha causado la caída del ejecutivo afgano como si fuera un castillo de naipes, la vergonzosa huida del corrupto ex presidente, Ashraf Ghan, y una estampida masiva de afganos hacia el exterior, huyendo del nuevo régimen talibán.

ESTRATEGIA OCCIDENTAL PARA AFGANISTÁN

La estrategia occidental para Afganistán, que tenía como objetivos la instalación de unas autoridades democráticas en este país y la conformación de un Estado moderno, funcional y capaz de cumplir con los anhelos de millones de afganos, ha fracasado y se ha estrellado con la fuerza militar de los talibanes. Mientras que las fuerzas afganas armadas por los occidentales estaban absolutamente corrompidas, sin moral alguna y poco estimuladas para el combate tras el anuncio occidental de la retirada total sobre el terreno, los talibanes mostraron

Mujeres, homosexuales, activistas políticos, antiguos funcionarios, militares y policías del régimen anterior y minorías religiosas y étnicas son los nuevos parias de Afganistán, los primeros objetivos a batir por los terribles talibanes

unidad de mando, alta capacidad de resistencia y conocimiento del terreno.

La rápida caída de Kabul y el vertiginoso avance de los talibanes en todo el país, sobre todo porque la victoria militar se precipitó en apenas unas semanas, es, además, un fracaso para los servicios de inteligencia occidentales que tras más de veinte años sobre el terreno tenían que haber previsto esta contingencia y haber advertido a sus gobiernos sobre el escenario que se precipitaba irremediabilmente sobre Afganistán. En lugar de advertir sobre la crisis en ciernes, los Estados Unidos y los países occidentales se vieron atrapados por la estrategia talibán y tuvieron que improvisar un plan -caótico, mediáticamente dañino ante los ojos de todo el mundo y funesto para miles de afganos- de evacuación de sus fuerzas, colaboradores, policías, militares y funcionarios del régimen anterior y también de simples ciudadanos susceptibles de ser perseguidos en el futuro por los talibanes. Las impactantes imágenes del aeropuerto de Kabul, donde se agolpaban miles de personas en un desorden brutal con el único deseo de escapar al horror talibán, dieron la vuelta al mundo y revelaron el fracaso.

LOS NUEVOS PARIAS

Mujeres, homosexuales, activistas políticos, antiguos funcionarios, militares y policías del régimen anterior



Foto: Agustín.

y minorías religiosas y étnicas son los nuevos parias de Afganistán, los primeros objetivos a batir por los terribles talibanes. En apenas una semana de agosto, la rápida ofensiva de los talibanes en Afganistán ha cambiado la vida de millones de afganos, toda vez que se esperaba un avance mucho más lento y que esta horda medieval no fuera a llegar a tocar las puertas de su casa en tan poco tiempo. Sin embargo, como diría el gran Karl Marx, “la historia ocurre dos veces: la primera vez como una gran tragedia y la segunda como una miserable farsa”, tal como ahora ha ocurrido en Afganistán.

La gran tragedia fue el primer periodo de los talibanes en el poder, devolviendo al país a la Edad Media y convirtiendo a millones de mujeres en seres invisibles, y después, es decir ahora, como una miserable farsa, en la que casi los mismos personajes tratan de engañarnos asegurando que respetarán los derechos humanos y no volverán a ultrajar a las mujeres. Mentira, mentira, mentira, como tantas veces a lo largo de su siniestra historia han hecho los talibanes. →

Como recordaba el analista Antonio Albiñana, desde las páginas del diario El Tiempo, “algunos eruditos han recordado estos días, la *taqiyya* (mentir en nombre de Alá). La doctrina islámica permite mentirles a los no musulmanes, basándose en los versículos del Corán, en los cuales Alá se descubre a sí mismo como el mejor “engañador” (Corán, 7:94). Todas las ramas del islam practican la *taqiyya*, la mentira, el disimulo, la ocultación... en nombre de Alá”.

Para la mayoría de las mujeres afganas ha comenzado su segundo calvario, el primero ya lo conocieron durante el gobierno de los talibanes del siglo pasado (1994-2001), y para las más jóvenes se inicia una etapa de terror, marginación total en todos los aspectos de la vida y soledad, ya que tendrán que pasar el resto de sus vidas refugiadas en sus casas ajenas al mundo y sin poder buscar un trabajo o ir a la universidad. O ponerse el medieval burka para poder salir a las calles a mendigar algo para llevarse a la boca. Desde el año 2001, en que los Estados Unidos derribaron al gobierno de los talibanes, las mujeres se habían ido incorporando paulatinamente a la vida social, política, cultural y económica del país, pese a que el proceso era lento debido al arcaísmo que caracteriza a la sociedad afgana y al atraso cultural de esta nación debido a una rígida interpretación del Islam.

Algo parecido ocurre con los gays, siempre viviendo en un mundo de sombras y zozobras en una sociedad que los condena abiertamente, pero que, al menos, en estos años los toleraba y no lo lapidaba. Ahora, de la noche a la mañana, todo ha cambiado para ellos. Los talibanes son conocidos por hacer cumplir la ley islámica de manera extrema y radical. Según la interpretación de la *sharia* que manejan, la homosexualidad está estrictamente prohibida y se castiga con la muerte. Ahora miles de hombres y mujeres gays tendrán que pasar a la clandestinidad, a ocultar sus sentimientos,

Para la mayoría de las mujeres afganas ha comenzado su segundo calvario, el primero ya lo conocieron durante el gobierno de los talibanes del siglo pasado (1994-2001), y para las más jóvenes se inicia una etapa de terror, marginación total en todos los aspectos de la vida y soledad

si no quieren ser castigados con la muerte por este grupo integrista e intransigente que no suele perdonar estas conductas que, en su credo, son “aberrantes”.

Pero tampoco lo tendrán fácil los antiguos servidores del ejecutivo depuesto o aquellos que hayan colaborado de alguna forma con los occidentales, sea cual sea su oficio, y los que lo han hecho ya han comenzado a huir por miles bien a través de los aviones fletados por los países europeos y los Estados Unidos o por tierra cruzando fronteras inexpugnables. Muchos, sin embargo, todavía esperan su salida en el aeropuerto o se ocultan en sus casas, escondiendo su identidad y, por supuesto, su pasado.

Los militares y policías del depuesto gobierno también intentan huir y esconden o han tirado sus uniformes; en plena ofensiva talibán miles de soldados afganos huyeron a través de las fronteras de Tayikistán y Pakistán para evitar caer en manos de los talibanes. Sin embargo, la rápida ofensiva talibán y la inesperada y vertiginosa conquista de Kabul ha dejado a miles de funcionarios y servidores en los cuerpos de seguridad en manos de los talibanes, que ahora les cortan el paso al aeropuerto y han comenzado a perseguirles con saña buscándoles casa por casa.

PERSECUCIÓN DE LAS MINORÍAS RELIGIOSAS Y ÉTNICAS

Afganistán comienza un nuevo ciclo político en que las libertades religiosas, políticas y sexuales estarán absolutamente restringidas con toda seguridad. Es fácil

de predecir que se instalará un régimen de carácter teocrático que tendrá en el epicentro del mismo la ley islámica o la *sharia* y, consiguientemente, del pluralismo existente hasta ahora, dando por hecho la desaparición del sistema político anterior.

Luego están los hazara, que son una minoría étnica de lengua persa y predominantemente

Es fácil de predecir que se instalará un régimen de carácter teocrático que tendrá en el epicentro del mismo la ley islámica o la sharia y, consiguientemente, del pluralismo existente hasta ahora, dando por hecho la desaparición del sistema político anterior

musulmanes chiíes. Los talibanes no han aceptado nunca la diversidad cultural, religiosa y étnica y han perseguido con saña, bien durante su gobierno como durante la larga guerra contra los occidentales (2001-2021), a este grupo étnico que comprende aproximadamente el 25% del censo afgano y que reside en el centro del país principalmente.

Amnistía Internacional ya ha denunciado varios crímenes contra los hazaras en la provincia afgana de Ghazni y ha instado al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a que tome cartas en el asunto e intervenga en favor de los hazaras, algo que suponemos no importará demasiado a los brutales talibanes, para los cuales la legalidad internacional es papel

mojado. Según un informe de Amnistía Internacional, “un equipo de investigación en el terreno habló con testimonios desgarradores de los homicidios, perpetrados entre el 4 y el 6 de julio en el pueblo de Mundarakht del distrito de Malistan. Seis de los hombres murieron por disparos y tres, por torturas; a uno de ellos lo estrangulaban con su propio pañuelo y le habían rebanado los músculos del brazo”.

En lo que respecta a las minorías religiosas, como los cristianos, la cadena religiosa española COPE informaba recientemente que la mayor parte de los sacerdotes y monjas presentes en el país se preparaban para salir lo más pronto posible de Afganistán ante el temor a que los talibanes, pese a



sus anuncios de que no se tomarán la revancha, inicien la temida persecución religiosa, como ocurrió en los viejos tiempos de los que todos tienen memoria.

En una nota publicada en la página web de esa emisora reseñada hemos podido leer esta información al respecto: "Se estima que en Afganistán hay entre 10.000 y 12.000 cristianos, la mayoría de ellos protestantes y conversos del islam, según recoge la ONG International Christian Concern (ICC), "lo que lo convierte en el grupo minoritario religioso más grande del país. Sin embargo, debido a la persecución extrema, la comunidad cristiana permanece en gran parte encerrada y oculta a la vista del público". Esta ONG afirma que para la Iglesia clandestina de ese país asiático "el regreso de los talibanes al gobierno ha llenado de miedo e incertidumbre a muchos. Si bien los talibanes han

anunciado una amnistía general, líderes cristianos temen que los bautizados sigan siendo el objetivo de los combatientes talibanes que patrullan las calles de Kabul y otras ciudades".

Afganistán comienza un nuevo ciclo político en que las libertades religiosas, políticas y sexuales estarán absolutamente restringidas con toda seguridad. Es fácil de predecir que se instalará un régimen de carácter teocrático que tendrá en el epicentro del mismo la ley islámica o la sharia y, consiguientemente, del pluralismo existente hasta ahora, dando por hecho la desaparición del sistema político anterior. Seguramente, los talibanes no lo tendrán tan fácil como en el pasado para doblegar a una sociedad que hasta ahora había respirado algo de libertad y gozado de un sinfín de posibilidades desconocidas hasta el año 2001, pero dada la experiencia en las zonas que han ido ocupando los talibanes, en donde han impuesto el régimen del terror y la represión

de toda forma de disidencia, no se abrigan muchas esperanzas con respecto al futuro de Afganistán, cada día más lejos de la democracia y la libertad.

CONSECUENCIAS GEOESTRATÉGICAS DE LA DERROTA OCCIDENTAL

En el pasado, los talibanes tuvieron problemas con Irán e incluso asesinaron a diez diplomáticos iraníes y a un civil cuando tomaron la ciudad de Herat en 1998, aunque ahora las relaciones entre ambos parecen haber mejorado mucho e incluso Estados Unidos ha acusado a Teherán de haber apoyado la reciente ofensiva talibán. Para concluir, este jaque mate de China, que sin apenas hacer nada y simplemente practicando la estrategia de sentarse para ver pasar el cadáver de tu enemigo, ha dejado fuera de juego a los Estados Unidos y a Europa en esta zona del mundo, al tiempo que sus mejores aliados en el continente, Japón, Corea del Sur e India, quedan mucho más expuestos a los movimientos geoestratégicos del gigante chino en los próximos años y más debilitados en la escena internacional ya sin apenas garantes.

Aparte de todas consideraciones acerca de la magnitud de la tragedia afgana, que abre otra página negra de su historia con el nuevo gobierno de los talibanes, del cual no hay que esperar nada positivo pese a las buenas intenciones expresadas por sus líderes tras la toma del poder, las consecuencias geoestratégicas para los Estados Unidos son claras, perdiendo poder, prestigio e influencia en esta parte del mundo y cediendo el testigo a China y a Rusia en la región.

Lo señalaba muy acertadamente el analista Lluís Bassets en una nota publicada en un medio argentino: «Sobre el mapa geopolítico, es evidente que Rusia y China, aliados cada vez más estrechos, están sustituyendo a Estados Unidos y Europa, especialmente en regiones tan inestables como Afganistán. La guerra global



La derrota de los Estados Unidos frente a los talibanes, más allá de la catástrofe que representa en sí misma para Afganistán, significa un serio revés para los aliados de este país en Asia y también para aquellos que se resisten al autoritarismo en este continente



Foto: Agustín.

Afganistán puede convertirse en una base para las fuerzas terroristas islámicas que atentan contra este país y lo que un principio se presentaba como una gran oportunidad para hacer grandes negocios

contra el terrorismo de George W. Bush primero, la cautelosa aproximación de Barack Obama y el caos de Donald Trump dibujaron los vacíos de poder ante los ojos ávidos de Pekín y Moscú».

Estamos ya viviendo las consecuencias de ese fracaso en la política exterior norteamericana en los últimos años y asistiendo al nacimiento de un mundo cada vez más multipolar, en que emergen potencias como China y Rusia, cada vez con más fuerza en numerosas regiones del mundo, como Asia y Oriente Medio, respectivamente. La derrota de los Estados Unidos frente a los talibanes, más allá de la catástrofe que representa en sí misma para Afganistán, significa un serio revés para los aliados de este país en Asia y también para aquellos que se resisten al autoritarismo en este continente. Nos referimos, concretamente, a Hong Kong, Tíbet, Xinjiang o Bielorrusia y para los ímpetus anexionistas en dirección a Ucrania

o Taiwán, tal como señalaba también el articulista Bassets.

Pese a todo, hacer predicciones a largo plazo siempre conlleva sus riesgos y el camino siempre está plagado de más incertidumbres que certezas. Está por ver cuál será el comportamiento de los talibanes, no ya con su pueblo, al que seguramente someterán a una dictadura oprobiosa, sino con sus vecinos. En el pasado, los talibanes tuvieron problemas con Irán e incluso asesinaron a diez diplomáticos iraníes y a un civil cuando tomaron la ciudad de Herat en 1998, aunque ahora las relaciones entre ambos parecen haber mejorado mucho e incluso Estados Unidos ha acusado a Teherán de haber apoyado la reciente ofensiva talibán.

Pero, de igual forma, tampoco para China las cosas le pueden resultar tan fáciles como supone. Afganistán puede convertirse en una base para las fuerzas terroristas islámicas que atentan contra este país y lo que un principio se presentaba como una gran oportunidad para hacer grandes negocios, como, por ejemplo, la esperanza de

explotar cobre en la región afgana de Mes Ayna, puede deparar desagradables sorpresas. «A China, que comparte una diminuta frontera con Afganistán, le preocupa que si los talibanes toman el control de todo el país, los grupos islamistas se volverán más fuertes y podrían cruzar la frontera, creando aún más problemas en la provincia de Xinjiang. En los últimos años, Xinjiang ha sido noticia por las acusaciones de genocidio contra el pueblo uigur, que Pekín ha tildado de absurdas», aseguraba una reciente nota de la BBC al referirse a estas amenazas reales que pueden hacerse presentes tras la llegada de los talibanes a Kabul.

Otro país que puede verse implicado en el avispero afgano es Pakistán, cuya actitud ambivalente ante los talibanes siempre le ha puesto en tela de juicio, tanto por sus aliados occidentales como por sus vecinos. El intervencionismo de Islamabad en la crisis afgana ha sido una constante en la historia reciente de las relaciones entre ambos países. El problema radica en que la guerra de Afganistán no ha concluido, sino que sigue por otros derroteros e incluso podría agravarse si los talibanes no muestran un mínimo espíritu conciliador, algo que, al día de hoy, no parece muy creíble.

«Sin una visible solución política -al problema afgano-, es muy probable que Pakistán resulte directamente afectado por los eventos en Afganistán, que podrían incluir una sangrienta y devastadora guerra civil, que resultaría en una afluencia masiva de refugiados y un aumento de los ataques transfronterizos», señalaba la ya citada BBC al referirse a estos hechos. Hoy Pakistán podría tener en el interior de sus fronteras a unos tres millones de refugiados afganos malviviendo y constituyendo una fuente de inestabilidad permanente; un agravamiento de la situación podría quebrar los frágiles equilibrios sobre los que se asienta el régimen político pakistaní y provocar inesperados «sismos» de consecuencias impredecibles. ●